

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

Emilio Salgari

Nuestro primer deber es conservarnos, vivir.
MAQUIAVELO.

CAPITULO PRIMERO

PESCA EXTRAORDINARIA

Al atardecer de un día de agosto de 1868, una de esas barcas de pesca que los marineros de ambas orillas del Adriático llaman bragozzi, bogaba lentamente frente a la desembocadura del Brenta, a lo largo de la costa de Sottomarina, casi frente a la antigua pero aún resistente fortaleza de Brondolo.

Era una bonita barca de poco tonelaje, de forma bastante redondeada, con dos mástiles que aguantaban otras tantas velas teñidas de rojo, según uso de los pescadores de Crioggia y dálmatas, y un pequeño bauprés que sustentaba un foque del mismo color que las otras velas.

Acababan de lanzar a popa una de esas grandes redes sostenidas por grandes trozos de corcho que aparejan de un modo especial los chiogueses, y que tantas veces son retiradas a bordo repletas de pesca, por cuanto el Adriático, más abundante siempre en pesca

que el Tirreno, es probablemente el rincón del Mediterráneo más poblado de habitantes acuáticos.

El mar, tranquilo, casi tan terso como un cristal, no podía presentarse más favorable para una buena pesca. La luna, que acababa de salir, hacía centellear como si, mezclados con el agua, hubiese miriadas de hilillos de plata, luz tan agradable a doradas y salmonetes, que suben a la superficie para disfrutar de ella.

Terminada la redada con mucha lentitud, mientras una leve brisa se dejaba sentir apenas, habíase parado la embarcación frente a la punta septentrional del islote de Bacucco, junto a la desembocadura del antiguo curso del Brenta. Era el momento oportuno para recoger la red, que era de presumir estuviese llena de prisioneros.

Vicente, el patrón, que hasta entonces había permanecido junto al timón, hizo señal a los cinco marineros para que virasen a sotavento, y luego, amarrada la barra al frenel, comenzó a gritar:

-¡A popa, muchachos!. . . ¡La noche va a ser buena!. . .

El patrón, capitán y al propio tiempo armador del barco, era un hombre de cuarenta años, de musculosas formas, cuello de toro, capaz de habérselas con un atleta, extremadamente tostado por el sol y las sales marinas. Era el verdadero tipo del lobo de mar véneto, con modales bruscos pero sencillos, que sabía su obligación mejor que el pescador más aventajado de todo el Adriático y que jamás había temblado a bordo de su embarcación.

Había sido primeramente grumete, como todos los marineros venecianos; luego, marinero, y después, reunida cierta suma a fuerza de economías, había invertido en aquel bragozzo, prefiriendo pescar por su cuenta y riesgo a servir a otros amos.

Al oír su orden habíanse apresurado los cinco marineros a trasladarse a popa. Eran cinco jóvenes robustos y valientes como su patrón; cuatro de ellos, nacidos en las playas venecianas. El quinto era eslavo.

Veíase la red perfectamente. Las pequeñas boyas de corcho brincaban sobre las argentéas olas como una inmensa serpiente muellamente tendida.

Unas cuantas brazadas dadas con vigor, y la pesca se hallaría a bordo; besugos, merluzas, salmonetes, rayas y acaso también algún atún, que podría venderse con bastante ganancia en Chioggia o en Venecia.

-¡Arriba, muchachos!-exclamaba el patrón, remangándose y descubriendo sus musculosos brazos-. Parece que la red pesa...

Los cinco marineros, alineados sobre la borda de babor, habían comenzado a cobrar las primeras mallas, tirando con fuerza de la gómena en que se sujetan los corchos, mientras el patrón inclinado sobre la popa, miraba atentamente para juzgar por el brillo de las olas y la agitación del agua si la presa era abundante.

Habían ya cobrado los marineros diez brazas de red, cuando a uno de ellos se le escapó esta exclamación:

-¡Así me trague un tiburón, me parece que la pesca, patrón, más que abundante va a ser lo contrario; lo que es esta noche...

-Creo que tienes razón, Miguel -dijo el pescador frunciendo el ceño-. ¡Parece imposible; que con una luna tan hermosa falta aquí la pesca!...

-¿Tendrá la culpa algún escualo, patrón?

-No hemos visto uno siquiera antes de la puesta del sol.

-Lo cierto es que la red está vacía - dijeron los otros marineros.

-¿Nada aún?

-Nada, patrón -dijo Miguel-. ¡Ni una sardina!...

-Es cosa extraña. No hace aún dos semanas que en este mismo lugar, y en un espacio de pocas horas, pescamos cuatro quintales de peces. ¿Os acordáis, muchachos?

-Ya lo creo --exclamó un jovencillo flaco como una sardina-. Gané doscientas setenta liras en una sola noche.

-¡Arriba, muchacho!

-¡Es inútil, patrón! No hemos cogido ni una dorada; pero... ¡oh...!

-¿Qué pasa?

La respuesta fue una salva de diversas exclamaciones.

-¡Por vida de...!

-¿Qué hemos pescado?

-¡Pesa como un demonio...!

-¡Por San Pedro de Nembo! ¿Qué es esto?

Habíanse detenido los cinco marineros y se miraban mutuamente a la cara. Habían dado a la red tres o cuatro violentas sacudidas, pero ésta había resistido con tenacidad sus esfuerzos, como si un peso enorme o cualquier otro obstáculo la retuviese en el fondo del mar.

-¡Ea, muchachos!- exclamó Vicente, -el patrón-. ¡Arriba con ella!

-No cede, patrón - dijo Miguel.

-¿Habremos pescado atunes?

-No, no es posible - exclamaron los marineros a coro.

-¿No viene?

-No, patrón.

-¡Fuera...! ¡A ver yo...!

Inclinose el patrón sobre la borda, asió la gómena con ambas manos y dio un fuerte tirón, diciendo

-¡Vamos...! ¡Arriba!

Secundáronle los marineros de un modo admirable, pero la red no cedió.

-¡Mil tiburones!-exclamó asombrado el patrón-. ¿La sujetará el diablo con los cuernos...? ¡Vamos...! ¡Coraje, muchachos...!

-Vamos a romper la red, patrón - dijo Miguel, indeciso.

-No la hemos de abandonar en el mar para siempre.

-Son mil doscientas liras, patrón.

-Como si fuesen cuatro mil. ¡Quiero la red a bordo!-respondió el lobo de mar-. Quiero ver lo que se ha enredado en las mallas. ¡No será una ballena, supongo...! ¡Animo, muchachos...

Dieron un nuevo tirón, más potente aún que los anteriores; pero la red no cedió tampoco esta vez. Parecía como si un objeto la hiciera pesada en extremo.

-¡Mil demonios!-exclamó el lobo de mar, comenzando a perder la paciencia-. ¿Qué va a ser esto? Hemos de vencer este obstáculo, aunque haya que dejar media red en el fondo...

-No viene, patrón - dijo Miguel, meneando la cabeza.

El marinero eslavo levantó la mano haciendo ademán como de querer hablar.

Aquel dálmata era el más viejo, por cuya razón eran a veces tenidas en cuenta sus palabras por todos, incluso por Vicente, el patrón.

Puede decirse, sin exageración, que era un gigante. Alto, fuerte como un granadero de Pomerania, rubio como la mayoría de sus compatriotas y con ojos azules que lanzaban rayos acerados y causaban una impresión bastante profunda.

Por demás grosero, violento, brutal, tolerado únicamente por su fuerza extraordinaria, condición muy apreciada por el patrón, que, ante todo, era un pescador.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

